

Su paso y faz magestuosa,
Su indefinible sonrisa,
Su mirada escrutadora,
Con su sayo penitente
Y su bordon y sus conchas.
Él es, sí; y á su presencia
Todo lo comprende Aurora;
Toda la verdad del sueño
A su mente se la agolpa
Con el certero puñal
De una exactitud diabólica.
Don Felix rico y dichoso,
Cuya nave va orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa;
Herederero del condado
Que muerto su padre goza,
Querido del rey de Francia,
Celebrado en toda Europa
Por entendido y valiente,
Sin ayos que se interpongan...
Mas de su amor olvidado
Y enamorado de otra.
Todo esto en su mente bulle,
Todo esto el alma la acosa,
Como horrible desencanto
De esperanza engañadora.
Y ella... ¡ necia sin ventura
Que de firmeza blasona,
Conserva de quien la olvida
La ingrata imágen que adora!
Si aun era sueño dudaba,
Cuando á sus oídos próxima
Oyó una voz que decía:
« Dios sea contigo, Aurora. »
Rompió á llorar escuchándola
La muchacha, y su congoja
Respetando el peregrino,
Tras larga pausa así hablóla:
« ¿ Aun vives, niña, y aun amas?
¿ Y aun el raudal no se agota
De tu llanto y de tu vida?
¡ Fortuna infeliz te toca! »

Aurora. ¿ Con qué es verdad que á Don
Protege fortuna pródiga, [Felix
Y en honores y riquezas
Consigue cuanto ambiciona?
¿ Con qué es verdad y no sueño
Que há dos años vuestra boca
En esta misma ladera
Me dijo que amaba á otra?
¡ Ah! quien quiera que seais,
Hombre, ó vision ilusoria
Que desde Francia venis
No mas que á apagar la antorcha
De mi esperanza, volveos,
Tornad á esa Francia odiosa

De donde venir no pueden
Mas que sierpes ponzoñosas.
Idos, buen viejo, y dejadme
Con mis pesares á solas,
Dos años há que os conozco
Y en vos no creí hasta ahora.
El Peregrino. ¿ Y no me preguntas nada?
Aurora. Cuanto me digais me sobra
Si Felix no vuelve.

El Peregrino. Nunca.
Aurora. ¿ Con qué es ella tan dichosa
Que en las redes de su amor
Para siempre le aprisiona?
El Peregrino. Para siempre.
Aurora. ¿ Tanto le ama?
El Peregrino. Ambos con furor se adoran.
Aurora. ¡ Fortunado de él!

El Peregrino. Sin duda,
Pues cuanto apetece logra.
Aurora. ¿ Y ella es muy noble?
El Peregrino. Duquesa.
Aurora. ¿ Joven?

El Peregrino. Mucho.
Aurora. ¿ Y muy hermosa?
El Peregrino. Toda alabanza es escasa.
Aurora. ¡ Ojalá Dios les dé toda

La dicha que les desea
Quien por sus venturas llora!
El Peregrino. ¿ Nole amas ya, pues tan fácil
Su ingratitud le perdonas?

Aurora. Cual nunca de sus recuerdos
El fuego ¡ ay Dios! me devora:
Si, mas yo solo á quien amo
Deseo fortuna y gloria.

El Peregrino. ¡ Mas si él te ultraja!...
Aurora. En amarle
Yo pago una deuda propia;
Si me olvida, cuenta es suya.

El Peregrino. ¿ Mas no de otro amor zelosa?
Aurora. No, si él es feliz con ella,
El no serlo yo ¿ qué importa?
¿ Porqué la ventura ajena
Querré turbar envidiosa?
No, que gocen y que nunca
Les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando
De sus lágrimas Aurora,
Quedó al parecer tranquila:
Mas ¡ ay! calma mentirosa,
Porque dentro de su pecho
Fermenta devoradora
La llama de sus pesares,
Que no estingue ni sofoca
La virtud que la consueta
Pero que su amor no doma.
Absorto ante esta sublime
Abnegacion generosa

Al fin el viejo estrangero
Dejó correr turbia, sola,
Por su tostada mejilla
De amargo llanto una gota.
Y á Aurora tornando el rostro,
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y extraño carácter toman,
Dijo así con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,
A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa:
« ¿ Ningun deseo te resta
Que te se pueda lograr? »

Aurora. Solo imaginarlo es dar
En necesidad manifiesta.

El Peregrino. ¿ Quisieras volverle á ver?
Aurora. Sí, siempre verle quisiera,

Mas sin que él verme pudiera,
Que fuera aguar su placer.

Si, en ser eterno testigo
De su ventura me holgara,
Pero sin que él sospechara
Que estaba siempre conmigo.

Verle, oírle, noche y día,
Poder cual ángel de Dios
Ser continuo entre ellos dos,
Espíritu de armonía.

Inspirarle siempre fé,
Siempre amor, siempre ventura,
Y encontrar mi sepultura
De su sepultura al pié.

Mas esto, buen peregrino,
¡ Ya veis que es delirio necio!...
La voluntad os aprecio,
Mas seguid vuestro camino.

El Peregrino. No hay cosa que alguien
no pueda,
Y nadie en la tierra sabe
Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda.

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora
A punto que por la tierra
Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
Tan negra y tan tenebrosa,
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente
Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agostadas hojas.
Con grande inquietud Robleda,
De gran pesar precursora,
De los elementos via

La revolucion medrosa.
Pavor sentía su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta,
Enterrado en su poltrona,
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.
¿ Qué espera allí? Lo que nunca
Volverá á ver mas, su Aurora,
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¡ Ay padre infeliz! bien haces
En llorarla: llora, llora,
Que no has de volver á verla,
Porque el amor te la roba.

En vano, al ver que se pasan
De la noche horas tras horas,
Por todo el valle la busca
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo conde, y preguntas
A sus gentes lo que ignoran.
En vano sí, al pié del busto
Que su sepulcro corona
Con supersticion sencilla
Humildemente te postras.
En vano, sus piés besando
De piedra insensible y tosca
Le ruegas que como en vida
Vele por él y su honra.

En vano le dices: « Conde,
Mira que es mi única joya.
Y aun vive tu hijo... ¡ Levántate
Entre el seductor y Aurora! »
La estatua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncava
Aunque tus ayes retumben
Encontraran quien los oiga.
No, no. La buscas en vano;
Vé, ya en el Oriente asoma
La aurora del nuevo día,
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.
Solo te quedan, buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida.
Llora, desdichado, llora.

VII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado,
Un enorme castillo se levanta;
Y el viajero mirando se amedrenta
Tanto artificio y fortaleza tanta;
Que es por demas su fábrica opulenta.

Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncavos senos
Las turbias aguas del Garona inundan;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos,
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la oscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.

Por cima de los árboles copudos,
Afrenta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,
La gigantesca torre
De los vigías se levanta ufana
Ceñida de esquisita filigrana
Que al encaje sutil parejas corre.

Allí á merced del ábrego tendida,
De remate sirviéndola, tremola
Una bandera sola:
Y esa bandera sobre el bosque erguida,
De aquella tierra protectora egida,
Es bandera feudal, y es española.

Si, española; que entonces nuestra España
No era menguada y voluntaria presa
De la ambicion y la doblez francesa;
Y á la estrangera posesion estraña
Para lavar con sangre una mancilla
Podia en solo un sol con justa saña
Fercios y buques aprontar Castilla,
Y su fiero Leon pronto á la guerra
Con un rugido amedrentar la tierra.

Era española, si; su lienzo rojo
Mostraba de un blason en los cuarteles
De Aragon y Navarra los laureles,
Los timbres de Leon y Andalucía
Que siempre con acérrima hidalguía
A su Dios fueron y á su patria fieles.

En esta solitaria fortaleza,
Cansado de las cuitas cortesanas
Y de sus necias ceremonias vanas,
En los brazos del ocio y la pereza
Un conde jóven y español vivia,
En bailes y festines repartiendo
Las horas de la noche, y eligiendo
Para la caza ó la sortija el dia.

Con él iba á la par su bella esposa,
Y á celebrar sus bodas les seguia
Comitiva de amigos numerosa,
Llenando sus efimeros deseos

Los mas alambicados devaneos.
Séquito de escuderos y vasallos
Y sumas de dinero nunca escasas,
Proporcionaban cañas y torneos,
Luchas de fieras, puestas de caballos;
Y zambras de cristianos y de moros
Ricamento dispuestas y vestidas,
Y aun con gasto escesivo prevenidas.
Corridas hubo de navarros toros.
Admirados quedando los franceses
De ver un español que con destreza
Rendia audaz de las pujantes reses
A un trapo y un estoque la fiereza.
Y así el señor Don Felix de Aracena
Gozaba en su castillo del Garona
De su reciente union la enhorabuena,
De conde y duque doble la corona.
Y orgulloso ademas (que al cabo era
En España nacido),
De continua fortuna lisongera
Por demas protegido,
Mozo, rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo reprochar podría?
¿Quién su suerte; ¡pardiez! no envidiaría?

Era una noche azul, serena y clara;
Resplandecia en el zenit la luna
Sin que perdida nube la manchara
Ante su faz cruzando inoportuna.

Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oia,
Y allá del monte en la encumbrada loma
El manantial de la fecunda fuente
Brillar al lejos con su luz se via,
Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso, á su raudal vecino
Ensofocaba el rápido Garona
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,
Y su rugiente voz lanzando osado
Del monte enmarañado

Por la frondosa y lóbrega espesura.
Ya dentro del castillo no sonaba
El són de los alegres instrumentos
Que el oido á sus dueños regalaba
Hartos de fiesta y de pesar exentos.
Mas se vian aun por las ventanas
Cruzar las luces y la sombra errante
De atentas camareras cortesanas,
Viejo escudero, ó pagecillo amante
Que de la estancia oculta retiraban
Donde ya sus señores reposaban;
Y aunque ya no se oían de contado
Las báquicas canciones,
Aun se via el servicio descuidado,
Las mesas del festin en los salones.
Y ya á su fin tocaba la carrera

De la noche apacible
Y la luna á su hora postrimera
Cuando, en su rica y silenciosa estancia,
Bajo el dorado pabellon del lecho,
La duquesa Clotilde con su esposo
A impulso del amor que arde en su pecho
En el lenguaje de la culta Francia
Así seguia diálogo amoroso:

Clotilde. No es, Felix adorado,
Mostrar que mancha en tu pasion sospecho
Tu historia demandar: te has engañado.
Solo intentaba, pues rebelde el sueño
Nos niega su benéfico beleño,
Entretener nuestra tenaz vigilia
Con divertida historia;

Y sin pensar me vino á la memoria
Recuerdos demandar de tu familia.
D. Felix. Aleja de ella, mi Clotilde her-
Toda sospecha ruin; y no te crea [mosa,
Por ignorarla sin razon zelosa;
Yo te la contaré tal como sea,
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

Clotilde. Y yo la escucharé grata y atenta
Celebrando sus lances,
Sintiendo sus perances
Y teniendo á la par tus travesuras
De tu inesperta juventud en cuenta.

D. Felix. Pues escuchame ya, Clotilde
mia,
Juveniles locuras y un momento
De sonrisa que logren arrancarte,
Será mi recompensa y mi contento.
Y si el cuento monótono te auxilia
En brazos á caer de manso sueño,
Ese favor de mas ¡oh dulce dueño!
Deberemos los dos á mi familia.

Clotilde. Empieza, Felix mio, que te es-
cucho,
Y estoy por tu relato
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

D. Felix. Nací español; lo sabes por mi
trato
Franco y leal, y por mis nobles hechos;
Que no hay en mi país doblez ni engaños
En palabras de nobles, ni en sus pechos
Miras serviles, cábalas, ni amaños.
Era mi padre conde de Aracena,
Para avaro heredero corto estado,
Mas posesion muy buena
Y herencia suficiente
Para heredero jóven y valiente
Con humos y esperanzas de soldado
Pasé mi juventud en un castillo
De Aracena, entregado
A un preceptor escueto y amarillo
Cuya cabeza vana
De lógica encerraba mas cuestiones

Que girones y puntos su sotana.
Este me hacia leer la antigua historia,
Mucho inútil latin y mucho griego,
De fárrago atestando mi memoria
Que yo aprendia y olvidaba luego.—
Este viejo Fermin que habita ahora
Con nosotros aquí, franco soldado,
Como niño á tratarme acostumbrado,
Ducho en caballos y en combates diestro,
Cuando á próspera edad hubs llegado
De armas y equitacion fué mi maestro.
Y puedes colegir, Clotilde mia,
Por tan ilustre y célebre colegio
Lo que la suerte de mi hogar seria.
Aunque en Dios y en verdad que tengo oido
Que mi padre vivia en aquel tiempo,
De la corte y del rey muy mal querido
Por no sé qué opiniones de partido.

Y aquí, bella Clotilde,
Tu indulgencia reclamo,
Ya que á tal confesion me avengo humil-
Clotilde. ¿Hay algun pecadillo [de.
De amor?

D. Felix. Precisamente
La ocasion de salir de mi castillo,
Que fué de esta manera.

Clotilde. ¡Brávemente!
Pláceme el cuento así, franco y sencillo.

D. Fel. Tenia entonces yo veinte y dos años
Fieros con mi selvática nobleza:
Los riesgos del amor me eran estraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una vez y sin rodeos,
Fuego en el alma y aire en la cabeza.
Allá en mi mente un mundo comprendia
Que no era el mundo real con largo trecho,
Pero era un mundo como ser debía,
De mis ideas miserables hecho.
Yo, reducido al círculo mezquino
De mi desmantelado castillejo,
De un valle á él vecino,
Y un pueblecillo viejo;
Sin mas ocupacion que los sermones
Del preceptor, católico latino,
Los perros, los caballos, los halcones,
Sin mas servicios que correr la sierra
Al jabali y al ciervo haciendo guerra,
Era un mozo en verdad muy decidido
De quien con una direccion juiciosa
Se podia sacar muy buen partido.

En este estado, pues, cruzando un dia
El vallé ameno á mi mansion cercano,
En una aislada casa ó alquería
Encontré una doncella
Como los sueños de un muchacho bella

Clotilde. ¿Bella?
D. Felix. Menos que tú; Clotilde mia!
Mas de tu claro sol vivida estrella

Hija de un militar viejo y lisiado,
Que habla con mi padre en sus niñeces
Como valiente con honor lidiado,
Y aun salvado su vida varias veces.
Yo mozo y tan travieso,
Ella hermosa y tan pura,
Yo rico de alma y ella de hermosura...
Vine al fin á perder mi poco seso.
La amé y me amó : con infantil locura
De la pasión en brazos nos lanzamos,
Y dos años vivimos
Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
Fieles al par cuanto mejor supimos.

Clotilde. ¿Y la amabas?

D. Felix. La pobre zagaleja,
Sin duda por su padre sorprendida,
Me iba á huir sin razón ni despedida;
Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
Me espiaba á su vez, y en un momento
Nuestro amor se rompió y nuestra constancia
Enviándome mi padre á hacer fortuna
A las campiñas de la alegre Francia,
Donde guerrero injerto en cortesano
La suerte amiga me tendió su mano,
Y la memoria del amor primero
Se borró con el tiempo y la distancia,
Aunque no mi deber de caballero.

Clotilde. ¿La amas pues todavía?

D. Felix. ¿A quién despues de tí, Clotilde mía?

Mas ella la infeliz allí encerrada
Con las aves no mas del valle oculto
Acaso vivirá muy desdichada
Por culpa de un mancebo, que insensato
La juraba un amor que era imposible,
Y que era fuerza que olvidara ingrato.

Clotilde. ¿Y aun guardas su memoria inestinguible!...

De su diálogo aquí los dos esposos
Dulcemente llegaban,
Cuando la bella historia les turbaron
Alaridos y gritos misteriosos
Que á la reja del cuarto en que se hallaban
En repentina música estallaron.

Oíase á lo lejos
Rodar la tempestad, arrebatada
En alas del revuelto torbellino;
Y en pos de los vivísimos reflejos
Del rápido relámpago rugía
La poderosa voz del ronco trueno,
Que la nube sombría
Dentro guardaba del peñado seno.
Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso
Crujir se oían los tronchados robles,
Y de los puentes las cadenas dobles
Rechinar en los goznes sacudidos

Por el recio huracan estremecidos.
« ¿Oyes, Clotilde? preguntó Don Felix
A su aterrada esposa :
Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa. »

Clotilde. Yo no sé qué temor me sobrecoje,
Felix, á ese rumor.

D. Felix. Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.

Clotilde. ¡Mas escucha!... parece,
Felix, que esa ventana se estremece.

D. Felix. El viento que se estrella
Con estrépito en ella.

Clotilde. Eso será.

D. Felix. Sí, á fé.

Clotilde. Mas parecía
Que alguna voz humana...

D. Felix. Pura imaginación, Clotildemia :
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas
Al oír el diabólico ruido
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya intermediación amedrentaba.

Tras aquella ventana parecía
Que el espíritu negro de la noche
La tempestad horrenda dirigía.
Allí agitado el viento
En las caladas piedras estrellándose,
Bramaba airado con salvaje acento
En las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
De angustiada muger; ya murmuraba
Como escondida fuente,

Y á veces parecía
Oírse en realidad, no en apariencia,
Diabólico concierto que auguraba
De seres invisibles
La cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
En desacorde són y grita horrible
Detrás de aquella reja
El graznido fatal de la corneja,
De la hiena irascible
El áspero gruñido,
De la tímida tórtola el arrullo,
Del pardo lobo el prolongado ahullido,
Y el agudo silbido
De la sutil culebra,
Y el trémulo relincho del caballo,
Y el canto triunfador con que celebra
Su victoria ó su amor el ronco gallo
De este tumulto á par se percibían

Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendía el oído,
Y que mucho á conjuros parecían.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al són de las abejas parecido,
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo,
Ya el són ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de muger que trémula suspira
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mugeril tierna y amante,
De hondo misterio incomprendible henchida,
Halagaba tal vez por un instante, [da,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego,
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan estraña y confusa bataola
Que el mas bizarro corazón si oyóla
Olvídó su valor de todo punto.
Don Felix, aunque asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió y en el instante
Repentino relámpago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento revoltoso
Al aposento penetró ostentoso;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de través en los cristales
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la estension lejana
De la nublada cavidad del cielo
Mas que las nubes que en tropel seguían
De la tormenta el fugitivo vuelo.
« Ya la tormenta pasa
(Dijo Don Felix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa. »

Clotilde. ¿Qué ves?

D. Felix. La lluvia, que en
verdad no escasa
En pantano cambió toda la tierra,
Mas cesa ya.

Clotilde. Pues cierra,
Felix, que ese aire mata.

D. Felix. Cierro y durmamos, que se
acerca el día,
Y si el aire las nubes arrebatada,
Mañana haremos á mis ciervos guerra
Y otra vez tendrá fin la historia mía.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso día
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazón había
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos y pages y vasallos
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos, con trompas y con gritos
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y bataola fiera
Voces de mando y ruidos de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trailla entera.

Al repentino estrépito
Don Felix y Clotilde despertaron,
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas
Al punto adivinaron
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba Don Felix
Cuando Fermin, su viejo camarero,
Leal aragonés encanecido
En servicio del conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido,
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza esclamando aragonesa :
« ¡Voto á cribas! ¿aun duerme aquí la get te?
Levantaos, señor, y daos prisa,
Que no quiero que os llame negligente
Esa orgullosa multitud francesa. »
Lo cual Clotilde oyendo
Dijole sonriendo :
« Fermin, ¿qué audacia es esa? »
Y él contestó, la frase corrigiendo :
« Perdóne mi señora la condesa,
Francesa fué cuando doncella y sola,
Mas unida á mi amo es ya española. »
Con lo cual las cortinas apartando,

El buen Fermin á su señor sirviendo
Pronto sino muy bien fuéle ataviando.

Y díjole Don Felix :
« A esos señores di que nos esperan
Que partan cuando quieran.
—¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...?
—Obedece, Fermin, que el día pasa
Y nosotros al punto montaremos
Y á encontrarles iremos. »

Salió el viejo, y don Felix,
Ya vestida su esposa,
Abriendo la ventana, exclamó al cielo
Mirando : « ¡Qué mañana tan hermosa!
— Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,
Debe de ser un cenagal el suelo. »

A cuya reflexion bajando el conde
Los ojos, tropezó con un objeto
Del que no osaba, mudo de sorpresa,
Volverlos á apartar... y la condesa,
Viendo que ni se mueve ni responde,
Llegóse y apoyándose en su hombro
Siguió su vista, y el objeto hallando
Que contemplaba, enmudeció de asombro.

Pura, olorosa, fresca y solitaria,
En una grieta que en el muro había
Vegetaba una hermosa PASIONARIA
Que á los besos del aura se mecía.

Ocultas en el hueco sus raíces,
Solo en el aire al parecer segura,
Mostraba sus riquísimos matices
De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
Y en medio de sus góticas labores,
Dijeran que la flor salía ufana
A ser vista no mas de sus señores.
Para ellos es la esencia soberana
Que exhalan sus purísimos olores ;
Solo su mano alcanza á su guarida,
Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
En un deseo del galán esposo
Puso Dios el influjo de su estrella,
Y estriba en él su porvenir dudoso.
Acaso adorne su beldad con ella
Si halla Clotilde su valor precioso,
Y él acaso la arranqué y se la ofrezca
Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos y no podían
Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
Al sol sus verdes hojas se tendían,
La flor de su capullo echando fuera,
Y una encantada tienda parecían,
Cuyos lienzos plegando una hechicera
El primoroso encanto que guardaba
Bajo su ricc pabellon mostraba

Y al mágico poder de sus conjuros
Sometida la flor por el encanto,
Los tornasoles de la luz mas puros
Reverberaba su oloroso manto.
Los del iris radiante eran oscuros,
Y no brillaban los del alba tanto
Como los que la flor mostraba en ella
Ante los ojos de la esposa bella.

Sí, á fé : los de Clotilde parecían,
El espíritu y luz de sus colores ;
Con mas lujo y valor resplandecían,
Cuanto mas la miraban, sus primores :
De su cáliz así se desprendían
Mas suaves y mas puros sus olores,
Y á dó Clotilde en rededor miraba
Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cogerla,
Oscilaba á su tacto estremecida :
Si acercaba sus ojos para verla,
Se esponjaba al favor agradecida ;
Si llegaba con su hálito á mecerla,
Cobraba al recibirle doble vida,
Y era en fin de su antojo tributaria
La encantada y silvestre PASIONARIA.

« ¿Cuándo ha nacido esa flor? »
Dijo el conde á la condesa.
« ¿No has sido de esta sorpresa,
Díjole ella, tú el autor? »

D. Felix. ¡No, á fé mia!
Clotilde. Yo pensaba
Que tú la hubieras traído.

D. Felix. No por cierto, ahí ha nacido.
Clotilde. Artificio la juzgaba,
¿Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza?

D. Felix. ¡Estraña naturaleza!
Clotilde. ¡Y mas estraña hermosura!
¿Mas la tormenta pasada
Cómo de ahí no la arrancó?

D. Felix. Antes creo que brotó
Con ella fecundizada.

Clotilde. ¡Raro portento!

D. Felix. Si, á fé,
Clotilde. ¡Y qué olorosa y qué bella!
D. Felix (alargando la mano para co-
gerla). Orna tu frente con ella.

Clotilde (deteniéndole). No la cortes, no.
D. Felix. ¿Porqué?

Clotilde. Es que viva privilegio
Que la quiero conceder :
Paréceme que ha de ser
Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella,
Ha de mantenerse en ella

Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
Velado á todo importuno,
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.

D. Felix. Sea, pues, como tú quieres.
Clotilde. Secreto es mio, lo he dicho ;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mugeres.

D. Felix. No quiera Dios, alma mia,
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasía.
Viva esa flor hechicera
Cuanto así pueda vivir :
Y... ¡ha de pesarla morir
Siendo tú su jardinera!

Y así hablando los esposos
Al viejo Fermin llamaron
Y ambos á dos afanosos
Cuidados muy oficiosos
Por la flor le encomendaron.
Y viendo en el encinar
Correr ya los ojeadores,
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
Fecunda en reses y en azares varia,
Y al volver la condesa al otro día
A visitar su linda Pasionaria
Encontróla en la grieta todavía
Pura, olorosa, bella y solitaria,
Mas frescos y brillantes sus matices,
Mas á la piedra asidas sus raíces.

Las hojas de su verde enredadera
Profusamente en su redor brotaban,
Y muchas ya de la ventana fuera
En sus ricas labores se enlazaban ;
Pero entre ellas la flor única era,
Mas capullos en ellas no apuntaban
Ni anunciaban sus galas esquisitas
Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un día se iba tras otro,
Y mas fresca y mas lozana
Abria cada mañana
Su tienda de hojas la flor,
Como amante cuidadosa
Que con el alba despierta
Y abre en silencio su puerta
A la señal de su amor.

La condesa, que hechizada
Con su hermosa flor vivía,
Pasábase todo el día
Contemplándola crecer ;
Y cada vez el ramaje
De su libre enredadera
Mas rico y sombrío era,
Mas lujurioso dó quier.

Por dó en el muro encontraban
O en la prolija moldura
Sus tallos una hendidura
Prendían una raíz,
Y de ella brotando pródiga
Rama fecunda y lozana
Entoldaba la ventana
Fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando
Su enmarañado tejido,
El tallo á la flor asido
Iba creciendo á la par,
Y del ameno follage
La flor colgada en el centro
Del arco quedaba dentro
Entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento
Y del turbion guarecida,
Se prolongaba la vida
De la misteriosa flor ;
Y allí conforme pasando
Iban los días por ella,
Amanecía mas bella
Y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente
Larga existencia esperaba,
Pues ella misma plantaba
Donde vivir un vergel ;
Y allí sin duda orgullosa
A reinar sola venía,
Pues ella se suspendía
Su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla
Los dos amantes esposos
Guardábanla cuidadosos
De todo extraño desman,
Y á fé que no se pasaba
Un día en que veces ciento
No entraran en su aposento
De la flor con el afán.

Para velarla á las aves
De la ventana por fuera
Tendieron una ligera
Y sutilísima red,

Y nadie entraba en su estancia
Ni de noche ni de día,
Pues solo á Fermin se hacia
Tan señalada merced.

Alli pasaban las horas
Los condes enamorados
Con su flor embelesados
En sabrosa soledad;
É ibanse mientras sus huéspedes
Del castillo despidiendo
Enojosa comprendiendo
O inútil su sociedad.

Así olvidados y ajenos
De amistades é intereses,
Iban pasando los meses
En su castillo feudal,
Sin ver que pronto vendría
Lluvioso el invierno y crudo,
Y de su pompa desnudo
Sería el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos
A encontrar cada mañana
Vegetando en su ventana
Con nueva vida su flor,
Tal vez identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Tal vez simpático afecto
Hacia la flor la arrastraba,
Y un sér oculto adoraba
En su capullo gentil,
Y acaso algun amoroso
Espiritu desterrado
Creia en ella encerrado
Con sencillez infantil.

La saludaba gozosa
Cuando el capullo se abria
Y al plegar le despedia
Su nocturno pabellon,
Como si en verdad pudiera
El de aquella Pasionaria
De algun alma solitaria
Ser la estraña habitacion.

El inocente capricho
Su amante esposo rela,
A su loca fantasia
Crédito dando tal vez,
Pues era el amor su vida,
Y en el amor hay instantes
En que vuelven los amantes
Del niño á la candidez.

Mas ya el abrasado agosto
Tras julio ardiente pasaba,
Y nunca se marchitaba
Ni envejecia la flor.
Plegaba todas las tardes
Su capullo al caer el día,
Y siempre á abrirle volvía
Con mas hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas
Otros capullos, y nunca
Ni la tormenta la trunca,
Ni la arrebatada el turbion,
Ni el crudo cierzo la hiela
Ni la consume el rocío,
Y el invierno y el estio
Benignos al par la son.

« Señor (á Don Felix dijo
El viejo Fermin un día),
A no ser vuestra diria
Que hay hechizo en esa flor.
— ¡Hechizo, Fermin! ¿qué dices?
— Cosa de encanto parece
Porque ni mengua ni crece
Ni muere nunca, señor.

Mi señora la condesa
Con ella está enloquecida,
Como á vos mismo la cuida
Y quiérela como á vos.
No tiene empeño mas grave,
Ni cosa que mas la importe:
Y hacer á una flor la corte
No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza
Por ella habeis olvidado:
Por ella habeis enojado
A vuestros deudos tambien,
Pues su amistad concibiendo
Que os era enojo importuno
Desfilaron uno á uno
¡Y ojalá que pare en bien!

— ¿Qué quieres decir?

— Yo nada,
Mas mucho el vulgo murmura,
Y dan por cosa segura
Que á la nigromancia os dais:
Que no sois francés recuerdan,
Y corren aunque en secreto
Sospechas sobre el objeto
Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido
Por medio de un sabio ó brujo
De los astros al influjo
El horóscopo del rey;

Mas existia otra causa,
Otra razon, otro objeto,
Otro escondido secreto
Que le impedia partir;
Secreto, si, que hasta entonces
Dentro de su alma escondido
Habia tal vez vivido
Sin dejarse percibir.

Aquella flor que, gozando
De una frescura infinita,
Jamás doblaba marchita
Su primoroso boton;
Aquella flor misteriosa
Cuya inmediata presencia
Tenia oculta influencia
En su propio corazon;

Aquella flor cuya vista
Era el placer de su esposa,
De cuya esencia olorosa
Gozaba con tanto afán,
Vió el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Habia el poder cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina
La hermosura le hechizaba,
En su presencia gozaba
Incomprensible placer,
Y al percibir de su cáliz
El mágico aroma, apenas
Sentia dentro sus venas
La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista,
Sentia que en su memoria
Se renovaba una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella ardía un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en un santuario
Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habiase
Con su esposa su cariño,
Pero su historia de niño
Jamás se le recordó
Hasta aquella horrible noche
De repentina tormenta
En que de su historia cuenta
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo
En la siguiente mañana
Abrió él mismo su ventana,
Mas, la Pasionaria al ver,

Y si va por donde quema
Del vulgo la vil malicia,
Me temo que la justicia
Nos encare con la ley.

Y en fin, señor, yo que embustes
No puedo sufrir en calma,
Un día me rompo el alma
Con el mejor del país,
Y con tres zaragozanos
Que meta entre esos franceses
Hay una de aragoneses
Que se estremece París.

— ¡Bah! buen Fermin, no desbarres
Soñando con tus paisanos.
— ¿Y los tres zaragozanos
Qué os sirven?

— ¿Y qué son tres?
— Como el mas imberbe de ellos
En un callejon se aposte,
Ya sé yo que el gran prevoste
Con su ronda vuelve piés.

— Fermin, replicó Don Felix,
Decididos y tenaces
Ya sé yo que sois capaces
De eso y mas los de Aragon,
Mas si meteis algun día
Quimera con los paisanos
Os mando cortar las manos
Sin otra averiguacion.»

Y esto escuchando, á una seña
De su señor, el camino
De la escalera mohino
Tomó y humilde Fermin.
Quedóse á solas Don Felix
Con su flor y con su esposa,
Y en su posicion dudosa
Empezó á pensar al fin.

Estrangero y largo tiempo
De la corte retraido,
Y acaso el rey prevenido
Estando ya contra él;
Por bizarro y opulento,
Con muchos enemistado,
Y de muchos envidiado...
Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,
Por español altanero,
Valiente y buen caballero
Sufriera un desaire mal:
Y en su honor y antigua fama
A mantenerse resuelto,
Hubiérasele devuelto
Al mismo rey por igual.

Sintió por la vez primera
Con amargo sentimiento
Aquel fatal pensamiento
En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces
Y allá en el alma escondido
Recuerdo tal había sido
Un imperceptible iman,
De cuya robusta fuerza
Jamás llegó á recelarse
Hasta que quiso apartarse
Del funesto talisman.

El, de sí mismo con miedo
Juzgólo aprension, capricho,
Y él no se lo había dicho
Ni aun á sí mismo jamás;
Mas del buen zaragozano
Fermin la ruda franqueza
Corroboró la certeza
De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos
La realidad contemplando,
Fué Don Felix empezando
La verdad á comprender,
Por una parte alarmada
La suspicacia francesa,
Por otra víctima y presa
De unos hechizos su sér.

De tantos ojos voraces
Atentos á sorprenderle,
Ocultarle y defenderle
Fué cosa imposible al fin,
Y de la flor el secreto,
Por último divulgado,
Por dó quier fué interpretado
Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad fingida
Y con pretestos capciosos
Llegaron varios curiosos
El castillo á penetrar,
Del español envidiado
En la mansion ó el semblante
Buscando del nigromante
Señales que denunciar.

Y algunos sabios fanáticos
Con curiosidad sencilla
Quisieron la maravilla
De la Pasionaria ver.
Mas enojado Don Felix
De su impertinente audacia,
Negóse con pertinacia
Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo
La fé de su ciencia vana
Hasta acechar la ventana
Donde existia la flor,
Y viendo á los dos esposos
En ella continuamente
Tuvieron por evidente
Un sér maleficiador.

Dieron al conde Don Felix
Por enemigo de Francia,
Y adquirió tal importancia
Esta opinion, que hasta el rey
Llegó á recelar acaso
De aquel hechizo el influjo,
Teniendo al supuesto brujo
Vigilado por la ley.

Don Felix, que idolatraba
Con toda su alma á su esposa,
Sintiendo otra poderosa
Llama en su pecho brotar,
Airado contra sí mismo,
Loca tentacion juzgándola,
Quiso de su alma arrancándola
La fé de su amor salvar.

Y un dia en que ambos gozaban
La bella flor contemplando,
Conversacion entablando,
Dijo Don Felix así:
« ¿No te parece, Clotilde,
Que hay en esa Pasionaria
Una magia extraordinaria
Que nos alucina? »

Clotilde. Sí,
Yo cerca de ella un deleite
Tan soberano percibo
Que me parece que vivo
Donde ella vive mejor.
Nada con ella echo menos
Y en su presencia me place
Sentir, Felix, que renace
Mas tierno por tí mi amor.

D. Felix. No es tal mi dicha, Clotilde;
Yo siento una incertidumbre,
Una estraña pesadumbre
Al contemplarla no mas.
Páreceme que á su vista
Nuestro amor se disminuye,
Y la ventura nos huye
Para no volver jamás.

Clotilde. Felix ¡tú pierdes el juicio!
¿Qué puede en nuestra ventura
Intervenir la hermosura
De esa solitaria flor?

D. Felix. No acierto, Clotilde mia,
De tal misterio el origen,

Mas mil temores me afligen
Y... destruirla es mejor.

Clotilde. Eso no; cuando la vimos,
La acogi bajo mi amparo
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar.
Aquí esa flor ha nacido
Y es mi deleite, mi encanto;
Y aquí, Felix, por lo tanto
Cuanto pueda ha de durar.

D. Felix. Sea, y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.

Clotilde. Ah, Felix mio, perdóname,
Si mi amor te la defiende,
¿Mas en qué mi flor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola
Tan pura siempre y tan bella:
Tengo mi capricho en ella
Como mi amor tengo en tí:
Tan poderoso es el mio
Como es el otro constante,
¿Piensas que menos amante
La flor ha de hacerme, di?

No; los gustos peligrosos
De la necia corte olvido;
Helos ya sustituido
Con su inocente primor,
Y aquí en soledad tranquila
En pura y campestre calma
Mas no apetece mi alma
Que su Felix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos
Caë Clotilde del conde;
Y este el semblante la esconde
Alterado de placer.
Y así su enojo ahuyentando
Con dulcísimas caricias
Tornaron á las delicias
Del amor que les da el sér.

Y uno tras otro así fueron
Los bellos dias pasándose,
Su dulce vida llevándose
De soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente
La aurora cada mañana,
Fresca, olorosa y lozana
Se abria siempre la flor.

X.

¡Ay del que necio en la fortuna fia!
Ay del que espera en el poder mundano!

El que vive feliz un solo dia
Otro tal vez igual espera en vano.
Si, todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follage
En breve espacio con furor arrasa,
Sin que halle en él la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedage.
Y su golpe no quita
Casco ferrudo ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hienden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso.
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.
Diez meses no serian
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas
Las dichas de Don Felix se veian,
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un dia de niebla húmedo y frio,
Todo era soledad, silencio todo
El castillo sombrío.
No por sus anchas bóvedas sonaba
Rumor alegre de placer y vida,
No clamorosa multitud se hallaba
En sus largos salones reunida.
No, no; todo es ahora
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
Sientan allí su mano asoladora,
Y quien le habita llora
Sin esperanza alguna.
En un largo aposento
Dó medio roble humea
Tendido en una antigua chimenea,
El rostro macilento,
Y de pesar el corazon transido,
Yace Don Felix en el hondo asiento
De una poltrona hundido.
Las lágrimas que brotan de sus ojos
Indicios son de su dolor; estrecho
Paso sus labios dan á los gemidos
Que arranca de su pecho,
Y claros de la suerte los enojos
Se muestran en sus ayes doloridos.
Fermin, el buen soldado,
Mustio tambien y pálido el semblante,
Del fuego está delante
Junto al conde sentado,
Y acreditar sus pesadumbres puede
La igualdad del señor con el vasallo,
Pues solo el infortunio la concede.
« No hay remedio, Fermin, dijo Don Felix,
Los doctores así me lo aseguran.

— Los doctores, señor, por si la yerran,
Casi siempre desgracias nos auguran.
— ¡No, Fermin, es inútil esperanza!
Ellos mismos confiesan
Que su ciencia no alcanza
La muerte á detener.»

Y aquí callando
Tornó al llanto Don Felix,
Y el anciano Fermin siguió llorando.
Y era razón llorar por la condesa,
Pues de dolencia inextinguible presa,
Aunque de tres doctores asistida,
Se hallaba en tal momento
A las manos de un mal íntimo y lento
Próxima á despedirse de la vida.
Y en aquel aposento,
Del esfuerzo postrero de la ciencia
Esperaban el fallo
Con dudosa impaciencia
El mejor conde y el mejor vasallo.
Abrióse al fin la puerta
Que de la esposa al aposento daba,
Y la mirada incierta
Ninguno á ella dirigir osaba.
Tuvieron en silencio los doctores
Al dintel con respeto
Al intenso dolor del noble esposo,
En su gesto turbado y lastimoso
Mal ocultando su fatal secreto.
« Acercaos, señores,
Don Felix dijo al fin, daráme ayuda
Para arrostrar en calma mis dolores
El Dios á quien suplico que me acuda
En mis cuitas mayores.
¿Hay esperanza aun? »

— « La ciencia vana
« Delos hombres, señor, no encuentra alguna.
« Solo de Dios la ciencia soberana
« Sabe qué sol alumbrará mañana,
« Y ve de todos el sepulcro y cuna;
« Fuera de esa esperanza, no hay ninguna.»
Cayó en su silla el conde desplomado,
Y ocultando en las manos el semblante,
En su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante,
Del cuarto los empíricos salieron
Y del castillo, á dó jamás volvieron.

Su fin tocaba el día,
Y mas densa la niebla encapotaba
La atmósfera; la noche que avanzaba
Fria, lluviosa y lóbrega venia;
Y sin fuerzas el viento no sonaba
En la enramada umbría.
En apartada alcoba
Que alumbraba escasa lámpara, se queja

Clotilde hermosa á quien la vida deja,
Y á quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro y amarilla
La tez rosada y pura,
En sus radiantes ojos ya no brilla
La luz de la hermosura.
Sus labios sin color no se despegan
Con amorosa y celestial sonrisa
Y sus ebúrneas manos ya no juegan
Con sus espesos rizos,
Que no mecerá mas la mansa brisa
Descubriendo los mágicos hechizos
Del torneado cuello,
Del pecho virginal y el hombro bello.
Aun tiene, amante con su mano asida
De Don Felix la mano,
Y aun con escaso aliento
Murmura su postrera despedida.
Y aun buscan en el lóbrego aposento
Sus turbios ojos el objeto amado
De su alma enamorada aun no borrado.
El amoroso conde que la adora
Junto á su lecho desolado llora,
Y á las palabras de su amor responde
Con palabras mentidas de consuelo,
Porque no se le esconde
Que á ver no volverá la luz del cielo.
« ¿Porqué lloras, mi bien? » le preguntaba
La moribunda esposa,
Y con voz cariñosa
« No lloro » el infeliz la contestaba,
Y así plática entre ambos se entablaba :

Clotilde. Sí, sollozar te escucho.

D. Felix. Tu mente débil telo finge acaso.

Clotilde. No, Felix, no me engaño, te amo mucho,

Y esta mano en tus lágrimas me abrasso.
Leo en tu corazon.

D. Felix. Clotilde mia,
Del pensamiento aleja
Tan tristes ilusiones.

Clotilde. Ay, Felix, es en vano tu porfia,
Escusa ya ficciones,
Falsas palabras deja,
Ya sé que llega mi postrero día.
¿Me amas aun?

D. Felix. Mis lágrimas te dicen
Cuanto es mi amor; la eternidad entera
Escaso tiempo para amarte fuera.

Clotilde. Dime, ¿y mi flor? ¿estiendo todavía

Sus hojas ante el sol? ¿han decaído
Sus brillantes colores?

D. Felix. No, Clotilde, sus ramas han crecido.

Clotilde. ¿Pero y la flor?

D. Felix. Aun sola permanece

Y otro capullo en derredor no crece.

Clotilde. ¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

D. Felix. Pocos días no mas.

Clotilde. Años perdidos

Sin contemplarla que pasaron creo.

¿Se alcanza desde aquí?

D. Felix. Tal vez corriendo

Tus cortinas, y abriendo

La puerta de esa cámara vecina

Se alcance á ver.

Clotilde. Pues abre y que mis ojos

La vuelvan á mirar, antes que cieguen

De la muerte implacable al ser despojos.

Abrió en esto Don Felix

La puerta de la cámara en que estaba

La flor maravillosa,

Y al gótico balcon donde brotaba

Tendió los ojos la doliente esposa.

—
Oscura estaba la noche,
Los ojos mas perspicaces
No hubieran sido capaces
Su lobreguez de sondear.
Tendió á la ventana el conde
En las tinieblas la mano,
Mas abrió con ansia en vano
Sus ojos de par en par.

El mas escaso reflejo
No vió penetrar por ella,
Que no alumbraba una estrella
Del cielo la inmensidad.
Su negro manto en los aires
Las nieblas habian tendido
Y de la luna sorbido
La trémula claridad.

Aun fresca, olorosa y pura
La encantada Pasionaria
Vegetaba solitaria

En su enramado vergel:
Y aunque no pueden los ojos
Percibirla en la distancia
Revela bien su fragancia,
Su eterna presencia en él.

« ¿Dónde estás, dijo Clotilde,

Flor mia, que no te veo?

Si comprendes mi deseo,

Déjate ver, linda flor:

Siento ¡ay de mi! que al buscarte

Los ojos se me oscurecen;

Muéstrate, flor, si merecen

Mis ojos ver tu color. »

A estas palabras, del lecho
De la moribunda enfrente

Se iluminó de repente
Ténue y fosfórica luz
Producida en las tinieblas
De la oculta Pasionaria
Por la esencia estraordinaria
Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado,
La luz fantástica viendo,
Don Felix, y no sabiendo
Los ojos de ella apartar,
Ni á respirar se atrevia,
Cuando en el otro aposento
Con desfallecido acento
Oyó á Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito
Al pié de su cabecera
Y allí de aquesta manera
Decir á su esposa oyó:
« Escucha, Felix, sentada
La muerte á mi lado veo,
Mas un estraño deseo
Al sentirla me asaltó,

Y dulcemente la vida
Mi espíritu abandonara
Si este deseo lograra.
— ¿Como lograréte? di.
— De tí tan solo depende.
Mas que te cueste no es justo
Este capricho un disgusto.
— Acaba.

— ¿Consientes?

— Sí.

— Pues mira, esa Pasionaria
Que fué mi encanto viviendo,
Pluguérame que muriendo
Fuera mi último placer.
De nuestro mal compañera,
Cual de nuestro amor testigo,
Que muera esa flor conmigo
Pues que me debe su sér.

Sí, apenas contaba un día
Cuando quisiste ofrecérmela,
Sea su suerte la mia,
Felix, arráncala hoy;
Ese es el favor postrero
Que ya de tu mano espero,
Cúmplemele, y al sepulcro
Tranquila y contenta voy. »

Quedó aterrado Don Felix
Propuesta tal escuchando,
La mano tender no osando
A la misteriosa flor,
Los desencajados ojos
Fijos en ella teniendo,